

con el Doctorado *honoris causa*, y la conclusión negativa en la que algunos hicieron que la cuestión y la polémica desembocaran. Pues bien: esas páginas, hoy, deben ser, no corregidas —que la historia nunca camina hacia atrás—, pero sí aumentadas. En efecto, Victoriano Crémer Alonso ha sido investido Doctor *honoris causa* por la Universidad de León, el día 18 de octubre de 1991, en una solemnísimas ceremonia, la observancia de cuyas estrictas rúbricas no sé si hacían sonreír a Crémer por dentro; sí sé que, por fuera, estaba lleno hasta los bordes de una emoción que no podía —tal vez tampoco quería— disimular. Soy testigo especial, porque me cupo a mí el escogidísimo honor de apadrinar a Crémer en aquella su más alta ocasión académica...

## Francisco Martínez García

# Las capitulaciones de una derrota

**H**emos venido asistiendo al reclamo de la crítica en el sentido de que la novela sea, otra vez, de aventuras y abandone ese otro sitio que poco tiene que ver con ella: el ensayo, género que la hacía cada vez más lenta,

más aburrida y farragosa. Por otro lado, unas veces, la novela de aventuras se quedaba en únicamente eso: describir las aventuras alocadas de sus personajes. Al socaire de la lectura el autor no nos invitaba a meditar sobre lo que estaba aconteciendo, ni los hechos, tal como nos los contaba, nos lo hacían deducir. Otras, aunque la novela de ensayo podría atraernos en un principio por sus interminables disquisiciones, éstas no eran lo suficientemente atractivas para mantenernos el interés en la trama.

Sin embargo, conjugar, en un mismo libro, la aventura trepidante de unos personajes con la meditación irónica sobre sus actos, equivaldría a ofrecernos todo un fresco novelesco de grandes dimensiones y alcances. *Por qué morimos tanto*<sup>1</sup>, tercera novela del escritor peruano Jorge Díaz Herrera, parece que nos estuviera diciendo, de continuo, que no basta con el detalle y el cuidado de la historia. Algo deberá alumbrarnos ese argumento, primero para el relator que lo está reuniendo y disponiendo mejor; y, segundo, para la persona a la que está destinada, quien, como lector, lo disfrutará o lo abandonará. Esta doble vertiente es uno de sus sellos inconfundibles, que la hace sumamente sugestiva. A esta disyuntiva se debe, y de ella nace y se realiza con verdaderos hallazgos, como podrá apreciarse de esta radiografía escrita.

## Simbolización

Los acontecimientos se centran en un pequeño fundo, llamado Santa Engracia. Su dueña, doña Paquita, es un personaje que huye de la dirección de su hacienda y deja que Lorenzo, un arriero traído por el tuerto Quirino

<sup>1</sup> Jorge Díaz Herrera nació en Cajamarca, Perú, en 1941. Su labor se ha repartido, con igual dominio, tanto en la poesía, el cuento, el teatro, la novela como en el ensayo. Asimismo ejerce el periodismo en varios diarios limeños. Dirigió el Instituto Nacional de Cultura de Lima, y los certámenes internacionales del Consejo de Integración Cultural Latinoamericana. Es premio nacional de Cultura y de Teatro, premio nacional de Literatura Infantil y de Obras de Teatro para niños, y premio «Cuento de las 1000 palabras» 1983. *Obra poética*: Orillas (1964); Tunas (1965); Aguafiestas (1976). *Cuento*: Alforja de ciego (1979); Mi amigo caballo (1986). *Novela*: La batalla del Lucero (1983); La agonía del inmortal (1985); Por qué morimos tanto (1992). *Teatro*: Los duendes buenos (1965); El diablo también come uvas (1970); Tiene miedo el oidor (1976); Comanche (1978); Ver para correr (1987). *Otros*: Parque de leyendas (1977).

para curar su yegua, se vaya haciendo su capataz, la vaya conquistando a la fuerza para, finalmente, casarse con ella y apoderarse de su propiedad y de sus hombres, quienes dependerán siempre de su decisión para crecer y subsistir como poblado. Con él viene su prosperidad; empero, también con él, para su propietaria y sus servidores, la sumisión y el servilismo.

Santa Engracia se le supone ubicado en Perú, por haber nacido el novelista allí y haberse publicado en Lima la novela, a pesar de que el dato de su ubicación geográfica no se especifique. Este fundo se yergue como un símbolo de lo que son los pueblos del Perú, como un símbolo de lo que son sus gobernantes y gobernados. Pero ahí no acaba la cosa. *Por qué morimos tanto* tiene devoción de universalidad. Este poblado puede reflejar el fracaso de otros pueblos para superar los traumas de su propia historia. Una de las conclusiones de este libro —tiene muchas— es que lo peor que le puede pasar a los habitantes de un determinado lugar es no reconocer la derrota; olvidar con insistencia el pasado, porque está demasiado cerca y vive enfrascado en el presente, descuidándose de leer en el rostro sugerente de su propio devenir histórico. Quizá por eso Díaz Herrera estuvo muy tentado en llamar a su novela *Memorias del olvido*, título que rechazó después de haberla terminado de escribir. Queda bien claro en el transcurso del *corpus* novelesco que el recuerdo de nuestro pasado nos previene de volver a hundirnos en los mismos errores y que debemos hacer memoria de lo que, insistentemente, otros quieren que olvidemos. Sin embargo, podría pasarse por alto ese otro contenido más filosófico, más deductivo, tan esencial para toda gran novela que aspire a buscar las razones al mal vivir de una amplia capa de la sociedad y que, siendo tan fundamental, es a menudo menos notorio: hacer pensar a la gente «por qué morimos tanto», por qué hay tantas muertes en el poblado sin que se juzgue al asesino, por qué sufre tanto el hombre, en general, y el campesino, en particular, que todavía vive en regímenes feudales en localizaciones alejadas de la capital.

## La visión

En este sentido, los avatares, en los que todo el pueblo de Santa Engracia se ve sumido e inevitablemente

participa, no sólo reflejan al patrón del fundo y a sus secuaces —los serviles— sino a sus propios trabajadores del campo —los renegados—. Desde que tenemos noticia del amo, ya enterrado en una fosa en la cual se ignora si yace su cadáver, hasta su irrupción como el caporal de Santa Engracia, los lugareños no pueden evitar el vivir-gozar-sufrir sus incongruencias, progresar con él por estar pletórico de energía, o empobrecerse, porque él ya no les dirige o ha muerto. Obviamente, no sólo empezamos a vivir un fundo peruano cualquiera sino que se empieza a vivir el Perú profundo. Según nos hace ver la novela, un pueblo nunca ha de acatar las decisiones de sus gobernantes como si fueran mandatos inapelables, lanzados con rudeza por un dios infame. Y los peruanos lo han estado haciendo durante varios siglos. Una comunidad no puede quedarse ahí parada, sin reaccionar, viendo inmutable lo que le está sucediendo a sus hijos. El que no reacciona, otorga, se hace cómplice de la vejación y la derrota; ha capitulado. En el libro, sólo existen tres personajes, relacionados con la vida de don Lorenzo, el patrón, que se rebelan contra él. Y estos tres son mujeres: doña Rosenda, que llega a hacerse, como bruja y curandera, ama del fundo; la Natividad, que huye del pueblo para reivindicar su libertad para amar y elegir marido —el caporal la hace su mujer desde muy joven y por imposición—; y la negra Susana que no acepta que el amo, en una silla de ruedas, la humille, reaccionando contra él y humillándolo también. Digamos que la visión positiva de la mujer y de los jóvenes es una novedad significativa muy insinuante en esta propuesta. La esperanza, aunque no se trate en estos términos aquí, está centrada en este grupo marginado de la sociedad. Indudablemente es el colectivo más oprimido de Perú y Latinoamérica. La mujer en el pueblo latinoamericano con frecuencia es la abandonada, la prostituida, la sirvienta, la que ha de aceptar las mayores vejaciones para cuidar y alimentar a su hijo. A menudo el niño y el joven latinoamericanos son abandonados a su suerte tanto por el padre físico como por el padre político: una característica lamentable de la sociedad latina es el gran desamparo de su juventud. Otras razas nos enseñan que no perpetúan esta ignominia, esta destrucción de sus cimientos.

Se simboliza el poder dictatorial y feudal del amo de Santa Engracia, que es, además, foráneo; se simboliza

la participación del pueblo en los decretos y castigos del caporal a sus «renegados» —sus servidores—, quienes no obstante sufrirlos con flagelaciones tipo feudalistas en la plaza frente a la casa grande de don Lorenzo, se hacen, por miedo e ignorancia, cómplices y coactantes de las mismas. Es más: hacen suyos los castigos (2; pág. 119. 1). Lo increíble de los sucesos es que el pueblo entero es fiel reflejo de lo que es el patrón (pág. 122, arriba); son tales la sumisión y el servilismo de los santaengracianos que se vuelven contra ellos mismos al querer congraciarse con doña Rosenda (pág. 98. 3). Pero su drama no termina en estos hechos. Al ser servidores se han acostumbrado en exceso a seguir la decisión del amo y cumplir siempre su mandato, hasta comen por su boca, que si él se enfermara o muriera se quedarían desprotegidos sin saber qué hacer, y el pueblo empobrecería (pág. 126. 5).

Por otra parte, doña Rosenda, en su papel de bruja, hace recordar a los santaengracianos que «nadie es únicamente lo que es sino también lo que ha sido» (pág. 100. 2). No podemos omitir la situación política tan grave que vive el Perú actual. Debemos deducir que esta situación de crisis permanente la ha ido fraguando a través del tiempo. Pero en su afán de refranera y de meditar también sobre lo que vive, doña Rosenda llega a afirmar: «El día en que olvidemos la dicha que tuvimos, ya nunca la volveremos a recuperar». La dicha pasada, la leemos como la realización de las civilizaciones indígenas como tales, sociedades avanzadas que encontraron los españoles al desembarcar en el nuevo mundo. La meditación de este personaje no se detiene aquí y concluye lúcidamente diciendo: «El Maligno por donde se mete a las gentes es por el olvido». De ahí que viene la necesidad de no solamente zurcir los trapos, sino «tanto y mejor se zurcen los recuerdos». Y ella insiste: «Olvido que tengas allí no más lo parchamos con el recuerdo de otro», en su deseo de hacer memoria con los moradores de Santa Engracia, aunque este rememorar fuera oficial, lo propiciara ella para tener bien atado lo que sucedía en el pueblo y obrar en consecuencia. Más adelante se dudará de la historia de Santa Engracia contada por boca de doña Rosenda, quien la resume como le viene en gana y la tergiversa según sus intereses.

La vida y la muerte son temas que cruzan todo el libro. De la vida, ya hemos estado mencionándola indirectamente.

De la muerte, doña Rosenda a punto de morir dirá: «Qué bárbara bestialidad es la muerte, no sé cómo la pudo inventar Dios» (pág. 138). Del amor sólo se habla una vez y sus protagonistas no podrían ser otros que dos jóvenes: el Francisco y la Natividad; el Francisco llenando de tallas el pueblo y la casa del patrón, en los que declaraba su amor a la Natividad (pág. 88. 2); y, finalmente, la huida de los dos de Santa Engracia.

Don Lorenzo termina sus días inválido en una casa de mar, después de ser disparado contra un árbol por su caballo encabritado. Le cuida la negra Susana. El patrón humilla a Susana llamándola «negra», «negra para arriba, negra para abajo, sabiendo muy bien que a nadie le gusta que la llamen por su defecto» (pág. 143. 2). Susana no acepta tal humillación y se venga llamándole «negrito», «negrito para arriba, negrito para abajo, lo cual sacaba al amo de sus casillas» (pág. 144. 1). Por otro lado, el niño Fernando, hijo de don Lorenzo, de quien se deduce que la maldad paterna le había marcado para toda la vida, reaparecerá al final de la novela tanto en la convalecencia de su progenitor en la playa como al vender el fundo de Santa Engracia —con su padre enterrado allí— al primo de Aníbal Azcárate, antiguo propietario de la Candelaria, cuya posesión está igualmente en manos de don Alfonso. Con la venta de Santa Engracia al primo de Aníbal, vivimos la venganza filial. Pero existe todavía la otra venganza, la comunitaria, que aplica todo un pueblo para reivindicarse ante su amo, que es recordar los sucesos sangrientos y dramáticos, y contarlos. Por eso, el narrador-juglar dirá: «Pero, frente a todo lo que dicen los renegados, qué nos queda sino decir la verdad, convertir la decencia en estropajo, en hazme-reír, ése es el verdadero triunfo de los malnacidos».

## Narradores y punto de vista

En el libro existe un reguero de señales indirectas que irán jalonando la lectura, como, por ejemplo, la no identificación del narrador. Éste puede ser un personaje masculino o femenino; puede ser toda la comunidad conversando en un diálogo narrado, analizando y enjuiciando a don Lorenzo; y puede ser, finalmente, un narrador desconocido. La narración escrita, al estar mostrándonos un mundo primitivo, se enriquece con la narración oral,